

El misterio
de la llave perdida
Basado en un hecho real

Ángel Colodro

es ediciones

Primer libro de la trilogía

*Los Casos de Javier Plaza
El hombre que aprendió a soñar*

El misterio de la llave perdida

© Ángel Colodro, 2009

© Actis production S.L., 2009

Es ediciones

C/ Argumosa, 37- 3J

28012 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

info@esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Diseño de portada: Vittorio Cacciatore

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-92760-04-6

Depósito Legal:

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

El misterio de la llave perdida

Basado en un hecho real

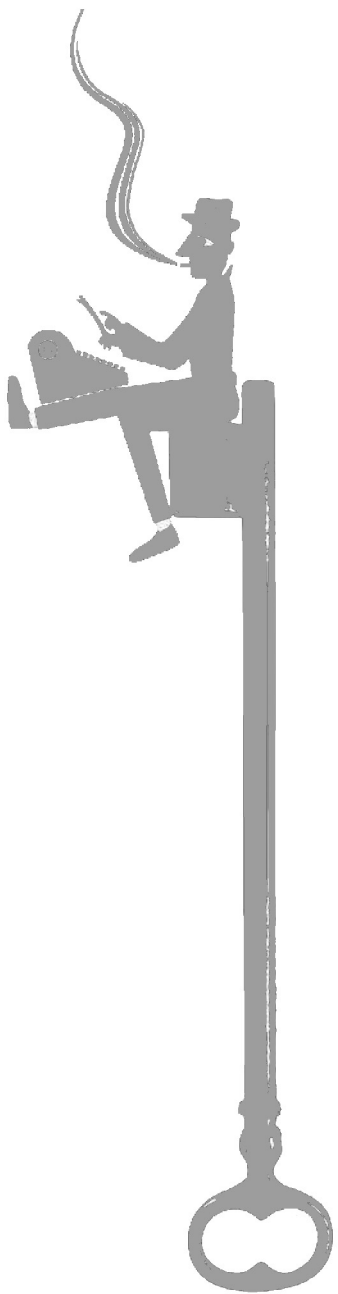
Ángel Colodro

es ediciones

*A la Crónica Negra,
a Mikael Blomkvist
a Rosario Santana*

Índice

1. EL PUEBLO DEL CRIMEN	13
2. UN DEDO AMPUTADO	21
3. EL HALLAZGO DEL CADÁVER	35
4. UN CABALLO FANTASMA	43
5. LOS CUENTOS DE ONIRIA I	
<i>EL REINO DE DESPERTAR</i>	51
<i>EL IMPERIO DE LOS SUEÑOS</i>	63
6. MENSAJES DE LOS SUEÑOS	69
7. POR EL CAMINO DEL GATO	75
8. LOS JINETES DE NOÉ	85
9. «PESCAR EN SECO»	95
10. LOS CUENTOS DE ONIRIA II	
<i>EL OCÉANO DE NEUR</i>	103
11. EN LAS PROFUNDIDADES DEL POZO	111
12. LA LLAVE PERDIDA	123



*“Cada capa de oscuridad que descendía de sus párpados
era un tejido placentario que lo aislaba más y más
del universo de los hombres. Los muros crecían,
se elevaban sus hiladas de ladrillos, y nuevas cataratas
de tinieblas caían a ese cubo donde él yacía enroscado
y palpitante como un caracol en una profundidad oceánica.
No podía reconocerse...”*

*LOS SIETE LOCOS
ROBERTO ARLT, 1929*

El pueblo del crimen

Jueves, 23 de marzo 1984

18.00 h.

Javier Plaza pisó el freno y paró junto al hombre de la carretera. Pepa saltó como una ardilla del coche y se puso a hacer fotos del pueblo. Pronto se haría de noche y querían llegar al lugar de los hechos antes de que se acabara la luz.

—Oiga, por favor, ¿dónde ha sido el crimen?

El lugareño descolgó la azada que llevaba al hombro. Se asomó por la ventanilla del copiloto y, subiéndose el ala del sombrero de paja, en lugar de responder preguntó:

—¿Son familia de Pilarín?

—No, qué va. Somos periodistas. Hemos salido de Madrid esta mañana en cuanto nos hemos enterado.

Seis horas antes Javier Plaza y Pepa estaban en la redacción cuando el teletipo escupió un flash de la agencia Efe que decía:

*«LA GUARDIA CIVIL BUSCA EN LA SIERRA DE GRANADA
A UN HOMBRE QUE HA DESAPARECIDO TRAS ASESINAR
A HACHAZOS A SU MUJER E INCENDIAR LA CUEVA
DONDE ALMACENABA COMIDA».*

Era jueves y si no iban a cubrir el suceso se arriesgaban a trabajar el fin de semana. Y Pepa quería estar de vuelta en Madrid el viernes para fotografiar a Asfalto, su grupo de música favorito, que actuaba por la noche en el Rock-Ola, uno de los templos de la movida.

Era la primera vez que viajaban juntos. Javier era un colaborata del semanario con derecho a mesa, silla, teléfono y máquina de escribir, pero sin sueldo fijo ni obligación de fichar. Pepa era la foterá enchufada del editor. Se acababa de incorporar y apenas se conocían. Antes sólo habían cruzado unas pocas palabras: ¿Qué tal?, ¿Cómo te va? Y cosas así. Pero muchas horas dentro de una lata daban para contarse de todo.

—Lo que menos le perdono a mi madre es lo del nombre —le dijo en algún momento Pepa a Javier apretando los dientes—. Siempre había creído que me lo habían puesto por mi padre, que se llamaba José, pero cuando murió, ella me contó que no. Que fue porque de niña tenía mucha envidia de una amiga suya que se llamaba Josefina, que le gustaba más que su nombre.

—¿Y cómo se llama?

—Uf. El nombre más horrible del mundo: Dorotea, por eso la llaman Dora. Pero bueno, ¿tú me ves a mí así con estas pintas y llamándome Jo-se-fi-na?

Aunque hoy iba vestida de «normal», como decía ella, Pepa no pasaba inadvertida a pesar de su metro cincuenta y poco. Aunque no lo era, parecía tirando a gordita por su baja estatura. Y si tenía algún michelín era por las hamburguesas ahogadas en salsa de tomate y mucha cocacola en que basaba su alimentación. De su rostro destacaba una nariz respingona y unos ojos vivarachos del mismo color negro del pelo, que llevaba al estilo Raulito, con una larga trencita, hoy de color caoba, que le caía sobre el hombro derecho. Como era su estreno de crimen fuera de Madrid se había cortado un poco. Sólo mantenía los colores negros, la chupa y las botas que ocupaban casi más que ella. Hasta había sustituido sus pendientes de calavera por unas criollas de plata. Pero en Madrid iba de mega posmoderna, tirando a punki. Eso sí, sin imperdibles en la boca ni cresta.

Pepa era hija única. Su padre había sido el chófer del editor, después de pasar casi treinta años agarrado al volante del 70, el autobús de la empresa municipal de transportes que hacía el recorrido desde las barriadas obreras del gran San Blas, donde los edificios parecían colmenas con tabiques de papel, hasta la Plaza de Castilla, donde los nuevos burgueses trataban de hacerse un hueco en modernas construcciones con portero y ladrillo vista. El hombre, que le había dado todos los caprichos a su «niña»,

pero abandonado su educación en manos de la madre, murió tras una larga y extraña enfermedad que los médicos nunca llegaron a diagnosticar. Un año después, la madre, una mujer ultra católica de comunión diaria, de esas que cuando les tocaba yacer con sus maridos usaban un camión con agujero, se casó con mosén Antonio, su confesor, que tuvo que colgar los hábitos.

Pepa nunca lo entendió y lo llevó fatal. Se le cruzaron los cables. Empezó a suspender y no sacó la selectividad. Poco a poco fue perdiendo los aires mojigatos de clase humilde con ínfulas con los que había sido educada por su madre y se deslizó peligrosamente por los barrios bajos. Después frecuentó los ambientes nocturnos de la movida, donde era conocida como la chachi porque cuando cogía confianza no había frase en la que no soltara al menos una vez la dichosa palabra.

No paraba en casa y, probablemente, ahora se encontraría en uno de los centros de desintoxicación de drogas de El Patriarca, de no ser por la vieja Olympus de su padre. Un día la encontró por casa en un cajón y empezó a llevársela por ahí para fotografiar a sus grupos de música favoritos. Barón Rojo, Asfalto, Obús, Nú y otros. Así comenzó su afición a las fotos. Lo de retratar muertos para *El Caso* no era lo que más ilusión le hacía, pero al menos le había permitido cumplir con el sueño de tener la nikon F2. La misma cámara con la que ahora plasmaba la imagen de aquel pueblo de Granada que, como un pozo a la sombra de una higuera, reposaba a los pies de una cordillera de pequeñas montañas mondas y lirondas.

A Javier lo de la manera de vestir no le quitaba el sueño. Pensaba que un periodista no debía llamar la atención y tenía que llevar siempre una ropa que le permitiera pasar desapercibido en cualquier sitio. Su «uniforme» de campaña estaba formado por vaqueros, una americana de lana de espiguilla y una corbata en el bolsillo, por si acaso. Ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, por su físico tampoco destacaba, pero se notaba que llevaba el periodismo en la sangre. Su padre era el propietario y director de *El Pirineo Central*, el centenario semanario de su localidad natal, del que decían los vecinos que era el más religioso del mundo.

—¿No me digas que tu padre también es medio cura?

—Qué va, qué va. No es por eso, aunque también. Es porque en el pueblo dicen que el periódico «sale cuando Dios quiere».

—¿Y eso?

—Porque si no fuera por las esquelas no habría periódico. Y cuando no se muere alguien mi padre retrasa la tirada para buscar algún anuncio que sustituya los lutos.

Javier era el más pequeño de tres hermanos. Los otros dos trabajaban con el padre: Alfonso en la imprenta y Cristina, la chica, en las cuentas. El hombre puso todas sus ilusiones en que uno le saliera periodista y le sucediera en la dirección del periódico. Pero Javier, que creció soñando con los reportajes de la tele que Miguel de la Cuadra Salcedo filmaba por todo el mundo, cuando terminó la carrera en Barcelona quiso probar fortuna en Madrid con el consiguiente enfado del padre. Desde entonces no se hablaban.

Javier y Pepa se lo contaron casi todo. En seis horas de viaje dieron un repaso completo a sus vidas. Incluso Javier llegó a contarle a Pepa algo que nunca había revelado con anterioridad: el secreto de sus «poderes». Así los definía su madre, que fue quien los descubrió, aunque él prefería llamarlo «olfato periodístico». «Al fin y al cabo todo el mundo los tiene, lo que pasa es que nadie los cultiva», le dijo a su compañera de viaje tras explicarle en que consistían.

El lugareño cogió la azada a pulso por el hierro, estiró el brazo y señaló hacia el horizonte.

—Lo del crimen... Allá arriba, en las cuevas que hay debajo de las colinas del fondo. Hay que atravesar el pueblo entero, pasar el puente del riachuelo y coger la pista de la derecha. Lo que no sé yo, es si con este auto podrán llegar...

Estrujado entre dos valles que le impedían crecer por los lados y cruzado de punta a punta por una calle en forma de «Y», el pueblo albergaba no más de doscientas almas. A la entrada estaba el cuartelillo de la Guardia Civil frente a frente con el hostel, la gasolinera y el silo de la cooperativa. Unos cien metros más allá, la iglesia y el consistorio. Las casas eran de dos alturas y llamaba la atención que no estuvieran cuidadas con demasiado esmero.

El hombre de la azada, que se había acoplado en el coche a modo de guía, explicó el porqué:

—Los vecinos echan todo el dinero en las cuevas. Casi todas las familias tienen una. O dos, como tío Vicente. Antes se usaban para almacenar la fruta y las hortalizas, pero cuando se construyó el silo quedaron vacías y se

empezaron a arreglar. Como son bien frescas en verano y bastante cálidas en invierno, primero fueron unos a pasar el día de la romería de la virgen, después los fines de semana... Y ahora casi todas están pobladas. Total que las casas del pueblo han quedado para los hijos...

Tras un breve silencio, añadió:

—Yo no, eh. En casa también tenemos una cueva. Cuando me jubile no sé, pero de momento sigo guardando allí mis hortalizas y limones. Que soy de los que está en la cooperativa porque hay que estar, pero donde esté lo de uno... Uhhh, quita, quita...

Javier y Pepa se miraron a la vez que subían las cejas en señal de asombro y esbozaban una leve sonrisa cómplice. Entre todos los vecinos del pueblo se habían tropezado con el más raro. Y eso que aún desconocían que allí se le conocía como Borricas. El apodo le venía de cuando regaló a sus dos hijas, las únicas gemelas del lugar, sendos pollinos blancos para lucirse en fiestas. El regalo coincidió con la primera comunión de las niñas. Al principio quedaron encantadas, pero después empezaron a ser conocidas por todos como las hermanas Borricas y la cosa cambió. Ahora estaban a punto de cumplir dieciocho años y no sabían si «matar» a los animales o... al padre.

—¿Qué se dice del crimen aquí en el pueblo? —preguntó Javier mientras aparcaba el coche en un ensanche de la pista.

—No nos lo explicamos. Todos sabíamos que tío Vicente andaba mal de la azotea, pero no tanto como para hacer algo semejante.

Unos metros más allá por la pista se encontraron con las primeras cuevas.

—¡Qué chachi! ¿Y esto son cuevas? —preguntó Pepa sorprendida. La muchacha se había hecho a la idea de unas oquedades cochambrosas, pero al verlas se puso a disparar su nikon como una descosida, aunque sabía que los lectores de *El Caso* no buscaban precisamente ese tipo de fotos bonitas.

—Esto no es nada. Más arriba las hay que han recibido varios premios de arquitectura rural —añadió Borricas.

La zona estaba declarada de interés turístico y cada rincón era como una estampa. Sus habitantes habían convertido su propio hábitat en el objeto de sus vidas. La mayoría eran jubilados que no tenían nada que hacer y pasaban el día blanqueando fachadas, barnizando puertas y ventanas o simplemente mimando los jazmines y otras flores preciosas que con sus aromas lo embriagaban todo.

Un recodo más allá de la empinada pista, el panorama era bien distinto. Ni postal idílica ni aroma embriagador. Al contrario. Todo estaba revuelto y un pestilente y empalagoso olor a humo de aceite quemado, cera y plásticos derretidos se apropiaba del lugar. Salía de una de las cuevas que tenía a un lado una boca de poco más de dos metros de alto y unos tres de ancho, con una reja de gruesos barrotes de hierro clavados en las paredes de montaña. La reja estaba cerrada a cal y canto. Sin holgura. Como si el fuego hubiera fundido la cerradura.